

Religión, Ciencia y Paz

Por Samuel Syro Giraldo

I. - La difícil búsqueda

Voy a hablar de cosas elementales, pero que quizá por ser evidentes suelen pasar inadvertidas. Esta paradoja se presenta con frecuencia: las cosas claras y simples, que generalmente son las importantes, se menosprecian unas veces y otras ocasiones no se tienen en cuenta. Sin que esto sea lo racional, hay una marcada predisposición en el hombre a apartarse de lo auténtico, a no aprovechar aquello que está al alcance de su mano: el cultivo de la inteligencia, la contemplación y admiración de las obras de la naturaleza, la práctica de la caridad, el amor a Dios y al prójimo, el goce sincero de la amistad, de los afectos familiares, de la lectura y de las diversas manifestaciones de las artes y de las letras.

Con la práctica de tales aficiones y sentimientos es posible realizar una vida equilibrada y relativamente feliz. No obstante, son pocos quienes desde un principio saben orientar sus esfuerzos en este sentido. Lo común es el inútil despilfarro de energías en todo aquello que sirve para complicar la existencia propia y la ajena. Así parece que sucede cuando se busca la inasible felicidad y la significación de la vida en el vano prestigio social, en la ostentación, en el fomento de pasiones negativas, en la ambición de poder simplemente para mostrarse superiores a los demás y no para servir, en la desesperada y a veces casi oprobiosa consecución de riquezas materiales innecesarias, en la permanente preocupación y desasosiego por cosas mimias, baladíes, transitorias.

Muchas personas mueren sin haber logrado salir de las tinieblas. Otras, después de largos años de oscuridad, alcanzan al final a vislumbrar alguna luz y a descubrir la realidad de aquello que desde un principio estaba evidente, pero llegan tan tarde a esa conclusión que ya no es posible recuperar el tiempo perdido.

La religión, en último término y como propósito inmutable, trata de obtener la aproximación del hombre a Dios, de dar a la existencia un fundamento trascendental para que cada cual encuentre allí su equilibrio, su seguridad, su fuerza. En el ámbito social aspira a preservar el orden del universo por medio de normas de conducta que tienen como fin armonizar la vida interior con los actos externos, procurar

paz honda y perdurable en las relaciones del hombre consigo mismo y con los demás.

Puede la religión revestirse de diversas formas, según las épocas y las circunstancias de cada momento histórico, por estar destinada al beneficio del hombre, quien no posee un ser fijo y estable sino más bien, como enseñó Montaigne, una "realidad ondulante y diversa", pero de todas maneras tiene siempre a Dios como esencia inmutable, como principio unificador y absoluto, como autor, moderador y único dueño de las cosas de la creación.

La ciencia, por su parte, incluyendo en ella todas las manifestaciones de la cultura, trata de descubrir cuál es el orden del universo, la razón de ser y las propiedades intrínsecas de las cosas que nos rodean, la verdad de la compleja teoría de la vida humana en el pasado y en el porvenir. Pretende la ciencia, aunque sólo lo haya alcanzado en muy pequeña parte, interesar al hombre en el ejercicio de sus facultades intelectuales, en la adquisición y creación de nuevos conocimientos, en el esclarecimiento de su futuro.

Cuando afirmo que tal aspiración únicamente se ha cumplido en parte, no quiero desconocer el ingente avance de las ciencias naturales, humanas y sociales en el presente siglo, sino hacer notar que el saber científico es todavía privilegio de muy pocos y que son muchos los esfuerzos que faltan por hacer para que la mayoría pueda participar en los bienes de la cultura. Algunos se refieren con displicencia y escepticismo a la denominada "cultura de masas", pero ciertamente, mientras ésta no exista, resulta impropio e inexacto hablar de una cultura universal y pensar en un verdadero mejoramiento del nivel de vida y en un franco acercamiento de los diversos grupos y naciones.

II. - Tendencia a la armonía

A pesar de existir una justa autonomía entre la religión y la ciencia, es indudable que una y otra deben converger hacia el perfeccionamiento del hombre. Para alcanzar esa finalidad es necesario eliminar las barreras artificiales que se han creado entre ellas y que han determinado tantas discordias inútiles en diversas épocas de la historia. La autonomía entre la religión y la ciencia tiene su explicación lógica en la existencia de un doble orden del conocimiento en la persona humana: la fe, en la cual se inspira y funda la formación religiosa, y la razón, que es el fundamento básico de la ciencia y la cultura.

Aunque la religión y la cultura son distintas por su origen, nada se opone esencialmente a la necesidad de conservar una armonía entre el progreso cultural y el mayor avance en la formación religiosa del hombre. Por el contrario, todo parece indicar que si se obtiene esa armonía, como fue la noble aspiración del gran Pontífice Juan XXIII, el desarrollo de la civilización podría ser más equilibrado, más equitativo, más compatible con la dignidad humana y con su fin último que es Dios.

Pero tal armonía sólo se logra con una recíproca comprensión entre la religión y la ciencia, con un estrechamiento de las relaciones que real y naturalmente existen entre una y otra. Quien ha tenido el privilegio de adquirir una cultura, sabe que hay tan graves interrogan-

tes como el de la muerte y el temor a un definitivo aniquilamiento del universo, ante los cuales la ciencia fracasa sin poder ofrecer ninguna solución. Sabe también que la angustia y la terrible ansiedad del hombre frente a su porvenir, únicamente se calman cuando con el concurso de la religión y la práctica de sus principios, puede su conciencia trascender de lo visible a lo invisible, hasta alcanzar el anhelado coloquio con Dios y su entrega a El. Sabe por otra parte que la búsqueda de la verdad científica es un camino incierto, lleno de sorpresas inexplicables, susceptible de continuas rectificaciones.

Si lo anterior es así, como lo han reconocido con enaltecedora honestidad algunos eminentes científicos, qué razón existe para no generalizar el planteamiento y reconocer explícitamente las limitaciones de la ciencia y la necesidad de armonizar y complementar el saber cultural con la formación religiosa? Creo advertir, por fortuna, que esa es la tendencia general de las más destacadas corrientes culturales de este siglo y que las admirables conclusiones del Concilio Vaticano II, inspirado y orientado por la sabiduría y bondad del inmortal Juan XXIII, al proclamar la libertad religiosa y la comunidad espiritual de todos los hombres, así como la importancia y autonomía de la cultura en sus múltiples manifestaciones, contribuirán a facilitar cada día más esa aproximación.

Con una recíproca comprensión como la que señalo, la ciencia ganará más en humanismo y podrá orientarse decididamente hacia la preservación de la paz y de la solidaridad internacional, mejorando no sólo el nivel material de los hombres sino elevándolos a juicios de valor universal en aquellos conceptos sublimes de verdad, amor, bondad y belleza que la religión preconiza.

La religión, por su parte, puede y debe aprovechar más eficazmente en la realización de su labor espiritual, sin perder su autonomía, los nuevos recursos y materiales provenientes de la investigación científica y de los movimientos culturales que sobresalgan por su autenticidad. La adaptación y simplificación de algunas de sus prácticas y ritos a las circunstancias sociológicas y culturales que hoy predominan, la revisión de normas de conducta tendientes a preservar la dignidad del matrimonio y la familia, el análisis a fondo de los problemas de la vida económico-social y de las relaciones internacionales, el uso de novedosos medios de comunicación y difusión del pensamiento, la lucha contra la desigualdad y la ignorancia y tantos otros importantes planteamientos que han surgido con motivo del Concilio Vaticano II, demuestran que la religión quiere y busca una fructífera relación con la ciencia y la cultura.

Y como para que no haya duda alguna al respecto, en el extraordinario documento conciliar denominado "Constitución Pastoral sobre la Iglesia y el mundo de hoy", que promulgó Paulo VI en diciembre de 1965, se dice con diáfana claridad:

"Los que se dedican a las ciencias teológicas en los seminarios y en las universidades pondrán empeño en colaborar con los hombres versados en otras disciplinas, poniendo en común sus energías y sus puntos de vista. La investigación teológica debe procurar, al mismo tiempo, profundizar el conocimiento de la verdad revelada y no descuidar

la unión con el tiempo presente, a fin de facilitar a los hombres cultos, en los diversos ramos del saber, un conocimiento más completo de la fe. Lo cual proporcionará grandes servicios a la formación de los ministros sagrados, que podrán presentar a nuestros contemporáneos la doctrina de la Iglesia sobre Dios y la formación cristiana del hombre y del mundo, de un modo que les sea más adaptado y, a la vez, más gustosamente aceptable por parte de ellos. Debe reconocerse a los fieles, clérigos y seglares, la justa libertad de investigación, la libertad de pensar y la de expresar humilde y valerosamente su manera de ver en aquellas materias en las que son expertos”.

III. - Contradicción aparente

Quienes han pretendido crear barreras artificiales entre la religión y la ciencia, en vez de buscar las relaciones entre ellas y propender por su recíproca comprensión, se fundan principalmente en que tanto la una como la otra actúan en campos diametralmente opuestos. Para sustentar tal conclusión aducen como argumento el hecho de que la ciencia es el resultado exclusivo de investigaciones, de deducciones lógicas, de experiencias repetidas, de análisis en que únicamente interviene la razón, todo lo cual es incompatible, según ellos, con la formación religiosa, que es primordialmente obra de la revelación y de la fe.

Aunque la religión y la ciencia tienen distinto origen, como ya se dijo, por fundarse la primera en la fe y la segunda en la razón, ello no implica necesariamente que trabajen en campos opuestos; a pesar de existir autonomía en los métodos de una y otra, son más los puntos de convergencia que los de distanciamiento. La fe y la razón, se repite, constituyen el doble orden del conocimiento humano, pero eso no significa que las potencias y facultades espirituales e intelectuales del hombre trabajen en dos campos separados, sin ningún contacto ni coordinación. Por el contrario, dada la naturaleza indivisible del hombre, la fe y la razón tienen que coordinarse y frecuentemente se complementan.

Humanamente no se concibe un científico, un investigador, un intelectual que pueda crear un nuevo conocimiento sin que la fe intervenga en su labor. Si hay alguien que realmente necesite el concurso de la fe es el trabajador intelectual, el que no busca la obra inmediata y espectacular, el que pretende encontrar algo que ha pasado inadvertido para la mente de muchos, el que trata de vencer dificultades insuperables para otros, el que renuncia a la vida fácil para proyectar una luz perdurable.

La historia de los más notables descubrimientos científicos y del origen de las ideas confirma que la cultura no ha sido precisamente el producto exclusivo de la razón, sino obra conjunta de ésta y de la fe. La razón y la fe constituyen la esencia del espíritu, y éste es, como dijo magistralmente Bergson, “una fuerza que puede sacar de sí misma más de lo que contiene, devolver más de lo que recibe, dar más de lo que tiene”. Hay una vida del espíritu sin la cual no es posible el conocimiento, una vida que desborda la actividad cerebral y el ejercicio de las funciones puramente intelectuales.

Es asimismo inexacta la afirmación en el sentido de que la religión es fruto único y exclusivo de la fe y de la revelación, y que la razón no juega ningún papel en la formación religiosa. La moral, que es una de las bases esenciales de la religión, es ante todo el resultado del raciocinio sobre la significación de la vida del hombre como ser social, o sea, producto de la razón y síntesis de la especulación filosófica. Igual cosa acontece con la teología, la cual no es el producto directo de la revelación, sino una reflexión humana sobre lo revelado.

Los grandes filósofos, teólogos y moralistas cristianos de la Edad Media: Tomás de Aquino, Anselmo de Canterbury, Duns Scoto, Eckhart, Juan de Salisbury, Escoto Erígena, San Buenaventura y Alberto Magno, fueron esencialmente grandes razonadores. Asimismo, las obras religiosas escritas por Pablo de Tarso y Agustín de Hipona, dos de los más antiguos exégetas del cristianismo, suscitan admiración por la lucidez y profundidad del raciocinio. Idéntica conclusión se obtiene al leer las recientes obras de Jacques Maritain y Teilhard de Chardin.

Se ha aducido también como argumento para sostener una presunta contraposición entre la religión y la ciencia, el consistente en que los principios religiosos son apenas válidos para quienes creen en ellos, mientras que las leyes científicas tienen una validez universal y absoluta porque pueden ser demostradas. Aunque es cierto que el saber científico se refiere en general a lo observado u observable, a lo demostrado o a lo que es susceptible de demostración, la mayoría de los principios de la ciencia están muy lejos de la posibilidad de comprobarse. Cosas que durante muchos siglos se consideraron estables y que adquirieron por ello la ostentosa categoría de leyes científicas, se han visto de repente superadas por nuevas teorías y se han tornado inciertas unas veces o convertido en otras ocasiones en evidentes errores.

Al mirar el pasado de la investigación científica se advertirá con gran facilidad la quiebra de sus principales conclusiones, así como el continuo proceso de ajustes a que han debido someterse en el transcurso de la historia. No existe, pues, el absolutismo y la universalidad de las normas de la ciencia: lo que es hoy como un axioma, es posible que mañana sea utopía, simple aproximación, craso error. Intentaré un repaso somero de algunos casos que pueden servir para ilustrar lo anterior, por simple vía de ejemplo.

IV. - Incertidumbre de la ciencia

En el campo de la física, para empezar por la principal de las ciencias naturales, es sabido el verdadero cataclismo que produjo en el presente siglo la exposición de la teoría de la relatividad de Einstein. Con ella quedaron reformadas las normas clásicas sobre mecánica de los cuerpos, expuestas en un principio por Galileo y ampliadas después por Kepler y Newton, las cuales no obstante se consideraron durante varios siglos como verdades inmutables.

Einstein demostró, entre otras cosas, que es equivocado el estudio de la dinámica de los cuerpos cuando se funda en el sistema de coordenadas o masas inertes, porque en el universo no existe realmente una materia inerte, ni un objeto que carezca de rotación y aceleración:

las masas inertes son esencialmente energía en potencia, la gravitación y la electricidad se unen para formar la materia sólida del universo, y este mismo se está dilatando o contrayendo continuamente. También revisó Einstein las bases de la denominada mecánica cuántica, cuyo objeto es la descripción del movimiento de las partículas diminutas, fundamento de la energía atómica, y encontró que existen partículas que se mueven a una velocidad aproximadamente igual a la de la luz: 300.000 kilómetros por segundo.

Heisenberg, al desarrollar la teoría de la relatividad de Einstein y sus análisis sobre la mecánica cuántica, introdujo en la ciencia moderna en general y concretamente en la física, el principio de la incertidumbre o de la indeterminación, según el cual si las partículas elementales se mueven a una velocidad aproximadamente igual a la de la luz, nunca es posible establecer una exacta separación entre el espacio y el tiempo, entre lo que es anterior y lo que es posterior, ni saber a la vez la posición y la velocidad de cualquier cuerpo sólido. Por consiguiente, es inexacto que el físico pueda hacer la descripción de un fenómeno o definirlo en fórmulas estrictas, porque si conoce la posición de un cuerpo en el espacio, ignora en cambio la velocidad con la cual se mueve, y si logra determinar esta última, pierde en cambio la idea de la ubicación.

La teoría de la relatividad de Einstein y el principio de la indeterminación de Heisenberg, al quitar a los principales postulados de la física el carácter absolutista y de certeza casi matemática que se les pretendía atribuir en la lógica tradicional, contribuyeron eficazmente a cambiar la actitud de quienes se dedican a las investigaciones en los diversos campos de la ciencia, a humanizar a los científicos, a hacerlos más modestos y tal vez más profundos. Porque reconocer las propias limitaciones y las de la ciencia, tal como hicieron Einstein y Heisenberg, después de una larga vida de estudio y de intenso trabajo intelectual, es no sólo un alto ejemplo de modestia y de acendrado humanismo, sino una obligante invitación a ahondar cada vez más en zonas inexploradas del conocimiento.

En el siglo II antes de Jesucristo, Ptolomeo de Alejandría sostuvo que la tierra es el centro del universo. Aristóteles fue también partidario de la teoría geocéntrica, que se consideró como verdad científica absoluta hasta mediados del siglo XVI, cuando Copérnico, ya en el lecho de muerte, fundándose en principios expuestos por Aristarco de Samos hacia el año 250 antes de Jesucristo, que desgraciadamente habían caído en el olvido, expuso y demostró que la tierra gira alrededor del sol. Giordano Bruno, por el hecho de haber difundido las conclusiones de Copérnico, fue quemado vivo por la Inquisición de Roma en 1592, y Galileo, que acogió con entusiasmo esas mismas tesis en 1630 y las explicó en su obra "Los Diálogos", estuvo por ello en prisión durante largos años. Quién se atrevería hoy a sostener que la tierra es el centro del universo y a propiciar una acusación contra alguien que afirme lo contrario? El estudio de la astronomía, el análisis del cosmos, después de más de 22 siglos de indagación, apenas se inicia.

Hasta fines del siglo XVIII predominó en la investigación biológica el principio de la invariabilidad de las especies animales y ve-

getales. Para tratar de sustentarlo, sin ninguna excepción y no obstante la evidencia de la transformación de algunas especies, se hizo gala de los más sutiles argumentos. Linneo, Cuvier y D'Orbigny, tres de los más notables exponentes de la tesis de la inmutabilidad biológica, fueron refutados en el siglo XIX por Lamarck y Darwin. Sostuvo el primero y logró demostrarlo en parte, que algunas especies cambian sus características biológicas, y aún se transforman en otras distintas, debido a la influencia del medio ambiente y al poder de la herencia. Para Darwin la evolución y transformación de las especies se debe no tanto a los factores indicados por Lamarck, sino primordialmente al proceso de selección natural, que al hacer prevalecer los ejemplares más aptos de cada especie sobre los más débiles, propicia su evolución y transformación, y al proceso de selección artificial, que es obra del ingenio humano y tiende a introducir cambios en algunas especies animales y vegetales, mejorándolas unas veces o adaptándolas otras a nuevas condiciones climáticas y topográficas.

¿Pero, qué sucedió más tarde? Las investigaciones de Mendel y Morgan, relativas a los factores hereditarios, desvirtuaron el aspecto radical del evolucionismo de Darwin. El mejoramiento de las características biológicas en los ejemplares de algunas especies, según los ensayos efectuados por Mendel, sea que se obtenga por selección natural o por selección artificial, puede desaparecer al cabo de algunas generaciones, cuando se presentan de nuevo los factores recesivos de la herencia y no logran ser influidos por factores dominantes, restableciéndose así las cosas a su estado anterior. De todas maneras, todavía está vigente la polémica entre los partidarios de una cierta inmutabilidad de las especies y los evolucionistas, y cada vez surgen en torno a una y otra tesis nuevos interrogantes y dudas.

V. - Más sobre la incertidumbre

El notorio progreso de la química, una de las ramas de la investigación científica que ha contribuido con mayor vigor al adelanto de las técnicas de producción en la época actual, se ha caracterizado también por un continuo proceso de ajustes y aproximaciones, que está muy lejano del absolutismo y precisión que algunos noveles investigadores pretenden hacernos creer. Sólo a fines del siglo XVII, con Robert Boyle, se inicia el análisis químico o investigación experimental de las sustancias, para superar así la antigua alquimia, considerada como ciencia secreta o como obra de magia, la cual se conocía en China y en Egipto desde una época que se remonta a 3.000 años antes de Jesucristo.

A fines del siglo XVIII Lavoissier, el más grande propulsor de la química moderna, demostró por primera vez que la combustión es la unión de los cuerpos combustibles con el oxígeno del aire, en contra de los principios que prevalecían desde la antigüedad para explicar los fenómenos caloríficos.

En el siglo pasado, hacia 1828, Wohler, discípulo del famoso Berzelius, al lograr la síntesis de la urea, creó la química sintética, de tan vasto alcance e incalculables proyecciones en la actividad industrial, y destruyó en esta forma la denominada teoría vitalista, otra de las pre-

suntas verdades científicas que predominaron hasta entonces, según la cual se creía que únicamente algunas sustancias minerales o inorgánicas podían obtenerse por procesos artificiales, mientras que las sustancias orgánicas, es decir, las que componen los seres vivos, entre ellas la urea, los azúcares y las purinas, no eran susceptibles de producción artificial. Las investigaciones hechas por Emilio Fisher en el siglo pasado sobre síntesis orgánicas y las de Herman Staudinger en el presente siglo sobre polímeros, confirmaron y complementaron el trabajo inicial de Wohler, y han sido la base para obtener en la industria moderna toda clase de elementos sintéticos y materiales plásticos.

En la medicina y en la cirugía se pueden citar asimismo ejemplos impresionantes sobre la notoria relatividad de los conocimientos científicos que en cada época se han mostrado como conquistas insuperables. Si hoy se lee la farmacología antigua y aun la que se aplicó hasta el siglo pasado, se advertirá a primera vista la evidente inutilidad e inconveniencia de los remedios y sistemas terapéuticos de uso más frecuente. La índole peculiar de algunos de éstos, provoca risa en unos casos y en otros verdadera repugnancia y terror. Idénticas reacciones suscitan ciertas técnicas quirúrgicas, tales como la aplicación de hierro al rojo, de hierro candente, para lograr la coagulación de la sangre y detener las hemorragias por amputaciones y otras lesiones, o la introducción de aceite hirviente en el orificio de las heridas producidas por armas de fuego, pues éstas se consideraban venenosas.

Ambrosio Paré, cirujano militar francés del siglo XVI, precursor de la cirugía moderna, utilizó en todas sus intervenciones como procedimiento hemostático, en vez del primitivo de la cauterización, el consistente en la ligadura de las arterias y venas. En cuanto a la cirugía sin dolor, sólo entre 1842 y 1847, en forma rudimentaria, debido a los ensayos de los médicos norteamericanos Long y Morton, se inició la anestesia en las prácticas quirúrgicas por la inhalación del vapor de éter, y poco después por el uso del cloroformo, implantado por Simpson, médico escocés, modalidades superadas en la actualidad con otros anestésicos.

En el mismo siglo XVI en que floreció Paré, fueron rectificadas por Andrés Vesalio, médico belga, y por su discípulo italiano Gabriel Falopio, varias de las principales tesis que regían hasta entonces sobre la anatomía del cuerpo humano. En el siglo siguiente, el inglés Guillermo Harvey y el español Miguel Serveto, con sus investigaciones sobre la circulación sanguínea, hicieron ver los errores que en esta materia se habían tenido como principios irrefutables durante muchísimos años. Igual cosa aconteció cuando Edward Jenner publicó en 1798 el primer trabajo sobre vacunación en los casos de viruela, en contra de la opinión predominante en aquel entonces sobre la imposibilidad de obtener la inmunización con bacterias muertas extraídas del vacuno afectado por tal enfermedad.

En 1837 fueron difundidas por Lavoissier las conclusiones de su estudio sobre el proceso respiratorio, el cual rectificó todo lo que con anterioridad y durante varios siglos se había investigado sobre este tema. Unos años después, otro químico francés, el célebre Luis Pasteur, al descubrir el origen bacteriano de algunas enfermedades, dió lugar al

surgimiento de la medicina preventiva, a la implantación de la cirugía antiséptica, y a la aplicación generalizada de vacunas, sueros y antitoxinas para combatir las enfermedades infecciosas.

Es sabido que con anterioridad al descubrimiento de Pasteur se desconocía la importancia de la higiene y del aseo en la preservación de la salud, así como el peligro de las aguas contaminadas y de toda clase de materias en putrefacción. Esta última y la fermentación se consideraban como procesos químicos independientes de la existencia de los microbios. Investigadores de renombre como Pouchet, Joly, Needham y Mousset, sostenían que las bacterias, infusorios y demás microorganismos se producían por generación espontánea e inevitable.

Pasteur, con motivo de su estudio sobre la fermentación alcohólica del azúcar, comprobó plenamente la acción directa de las bacterias en dicho proceso. Nuevos experimentos en otros campos le permitieron establecer la perfecta relación de causa a efecto existente entre la presencia de las bacterias y los procesos de putrefacción, así como la posibilidad de inmunizar contra los microbios cualquier materia orgánica, si por el calor u otro sistema se destruyen los gérmenes contenidos en ésta, y si a la vez se impide que lleguen los embriones que están en el polvo del aire atmosférico. La tesis de la generación espontánea de algunos microorganismos y en general de cualquier ser vivo, después de las investigaciones de Pasteur, pasó a convertirse en otra de las muchas verdades aparentes que por épocas se apoderan de la mente del hombre hasta obnubilarlo.

En otros ámbitos del conocimiento se pueden citar múltiples casos similares a los expuestos, tales como los relativos a los continuos titubeos de la economía, la antropología y la sociología, pero juzgo que los ya analizados son suficientemente ilustrativos para concluir que es inexacto sostener una presunta contraposición entre la religión y la ciencia, fundándose en el falso argumento consistente en atribuir a algunos principios científicos una validez universal que en realidad no han tenido nunca como se vió antes, y en afirmar en cambio que la religión sólo tiene validez para quienes creen en ella porque sus normas no son susceptibles de comprobación.

VI. - Aporte religioso a la cultura

Se ha expresado también como razón para tratar de crear artificialmente un distanciamiento entre la religión y la ciencia, el hecho de que en algunas épocas de la historia se intentó una especie de persecución por unos pocos jerarcas religiosos contra los hombres de ciencia. Aunque esto último es cierto en parte, se trata de una etapa ya superada, y en todo caso dichas equivocaciones no son atribuibles a los principios religiosos. Quienes dedican su vida al servicio y exaltación de la religión, lo mismo que los demás seres humanos, están expuestos a cometer errores y a apreciar unilateralmente determinados fenómenos. Por ello se incurre en falta de ecuanimidad y de lógica cuando se pretende hacer una crítica general contra la religión en este sentido, sin reconocer en cambio la inmensa contribución que ésta ha prestado al desarrollo y perfeccionamiento de la cultura. Brevemente haré alusión a la mag-

nidad del aporte de la religión y de los religiosos, en algunos de los principales campos de la actividad intelectual.

La Biblia, el más famoso de los libros religiosos, ha sido fuente permanente de inspiración para artistas, historiadores, novelistas, filólogos, arqueólogos y hombres de ciencia en general. El apogeo del arte plástico en Europa durante el Renacimiento y la Edad Media, así como su posterior desarrollo en la época moderna, constituyen muy elocuentes ejemplos de esta influencia. De temas bíblicos están impregnadas las más ríebres creaciones de Miguel Angel, Rafael de Urbino, Fray Filippo Lippi, Carpaccio, Bellini, Giotto, Fra Angélico, Alberto Durero, Verrocchio, Tiziano, los Van Eyck, Rubens, Teniers, Van Orley, Pablo Veronés, Mantegna, Tintoretto, Murillo, Velásquez, El Greco, Zurbarán y Ribera. Obras como "La Piedad", de Miguel Angel; "La Caída en el camino del Calvario", de Rafael; "La Adoración de los Reyes Magos", de Rubens; "El Suplicio de San Mauricio" y "El Entierro del Conde de Orgaz", de El Greco, que son verdaderos hitos en la historia del arte, nunca hubieran podido realizarse sin el concurso de la religión.

El florecimiento de la música está también íntimamente ligado al culto religioso. Con San Ambrosio de Milán, en el siglo IV, creador de la himnodia, se inicia la composición musical, continuada por San Gregorio en el siglo VI, cuyos denominados cantos gregorianos fueron la base para el perfeccionamiento de la técnica polifónica, que alcanza su culminación en el siglo XVI con la música coral de Palestrina, Orlando de Lasso y Victoria. Dos siglos más tarde, con fundamento en las cantatas, oratorios y polifonías de origen religioso, Bach, Haendel, Haydn y Mozart sientan las bases para la concepción de las grandes sinfonías y composiciones musicales del siglo pasado y del presente.

En la poesía, la novela, el ensayo, la biografía y otras manifestaciones del género literario, se ha hecho sentir asimismo el influjo de la religión. Para comprobarlo bastaría leer un catálogo de los varios miles de libros dedicados al análisis de los problemas que esboza la Biblia, o a profundizar en los diversos aspectos de la vida de Jesucristo, o a estudiar la significación de sus enseñanzas, o a difundir las doctrinas de los Pontífices. Paul Valery, René Brousset, Jacques Maritain, Etienne Gilson y Paul Claudel en el presente siglo, entre muchos otros, y antes de ellos Pascal y Bossuet en siglos pasados, consagraron algunas de sus más hermosas páginas a demostrar cómo los más grandes escritores de todos los tiempos han sido influidos en una u otra forma por la religión, y cómo el motivo dominante de inspiración en las más altas obras de la literatura universal fue, es y será siempre el eterno conflicto del hombre con Dios y con su conciencia, en busca de su felicidad y de una vida inmortal.

La indagación filosófica, sin la cual no es posible hacer la síntesis de la ciencia y la cultura, ni medir y orientar sus proyecciones en beneficio del hombre, se ha visto enriquecida a lo largo de la historia con la contribución de eximios pensadores pertenecientes a diversas instituciones religiosas o íntimamente vinculados a éstas.

Brillan con diáfana luz, desde los primeros albores de la era cristiana hasta el siglo VI, Pablo de Tarso, Agustín, Basilio, Gregorio Nacianceno, Ambrosio y Boecio. En los siglos VIII y IX, Beda y Juan

Escoto Erígena, formados en monasterios ingleses, condensan en sus obras toda la sabiduría de su tiempo. El arzobispo Anselmo de Canterbury y Pedro Abelardo, Juan de Salisbury y Pedro de Blois, encabezan en los siglos XII y XIII el extraordinario movimiento filosófico de la Edad Media, que llega a su plenitud con los grandes frailes dominicos Rolando de Cremona, Alberto Magno y Tomás de Aquino, seguidos por los franciscanos Alejandro de Hales, Juan de la Rochela, Rogelio Bacon, Raimundo Lulio y Duns Scoto.

En los siglos XV y XVI surgen en España los dominicos Francisco de Vitoria, Domingo Soto y Melchor Cano, quienes con el jesuíta Francisco Suárez instauran las bases de una nueva corriente humanística de vastas repercusiones en todos los ámbitos del pensamiento. Dicha tradición fulgurante continúa en los dos últimos siglos y reverdece con nuevo y redoblado vigor en las obras de Juan Enrique Newman, Mercier, Lacordaire, Mausbach, Grabmann, Jacques Maritain y Teilhard de Chardin, así como en las encíclicas de los Pontífices romanos, hasta lograr su más culminante y sublime síntesis en la bondad, clarividencia, comprensión universal y profundidad que caracterizan la obra de Juan XXIII.

VII. - Aporte religioso a la enseñanza

En el fomento de la enseñanza, el aporte de la religión es asimismo inapreciable. A partir del ocaso de las antiguas culturas griega y latina, las ciencias, las letras y las artes empiezan a enseñarse sistemáticamente en los monasterios y en las escuelas creadas como dependencias de las principales catedrales europeas.

Precursor de esta transformación educativa fue San Benito, quien fundó en el año 529 la abadía de Montecassino, en el sur de Italia, como sede de la orden religiosa de los Benedictinos. Numerosos centros de educación fueron abiertos por éstos entre los siglos VI y XII. Franciscanos, Dominicos y Agustinos completaron en los siglos XIII y siguientes la labor educativa de los discípulos de San Benito, poco después de la creación de dichas instituciones religiosas por Francisco de Asís en 1209, por Domingo de Guzmán en 1215 y por el Pontífice Alejandro IV en 1256. En el mismo siglo XIII, como fruto óptimo de esta prodigiosa labor pedagógica conjunta de benedictinos, franciscanos y dominicos, nacen las universidades de París, Oxford, Cambridge, Salamanca y Valencia, entre muchas otras.

Ignacio de Loyola crea en 1534 la Compañía de Jesús y a fines de dicho siglo establece José de Calasanz la Sociedad de las Escuelas Pías. Jesuítas y Escolapios, desde entonces, se convierten en otros de los grandes educadores del mundo occidental, y a ellos se suman los miembros de las múltiples comunidades religiosas fundadas después para la educación de personas de uno y otro sexo, cuyos establecimientos cubren hoy todos los continentes. En América, las más antiguas universidades fueron fundadas por dominicos de la Orden de Predicadores, entre ellas la de México en 1537, la de Santo Domingo en 1538, la de San Marcos (Lima) en 1551 y en 1653 el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, obra cumbre de Fray Cristóbal de Torres y cuna auténtica de nuestras instituciones republicanas.

El Colegio del Rosario es un ejemplo vivo de cómo es posible lograr, por medio de la práctica de un humanismo cristiano, la perfecta armonía entre la religión y la ciencia. Esa unión fue posible desde un principio, gracias a la clarividencia del ilustre fundador Fray Cristóbal de Torres, quien consagró en las Constituciones del Rosario las siguientes bases esenciales, a cuyo cumplimiento quedaron obligados los maestros y estudiantes del histórico plantel: el amor a Dios y a la Patria; el enlace entre lo antiguo y lo nuevo, "Nova et Vetera" es su lema; la libertad fundada en el sentido de responsabilidad, y la coordinación entre la visión puramente intelectual y el talento práctico, mediante la cual las ideas se conviertan por la voluntad en acción capaz de producir obras tangibles dirigidas al bien común.

Y para que no existiera duda alguna sobre la recta interpretación y aplicación de tales normas, instituyó Fray Cristóbal para el gobierno interior del establecimiento creado por él, una estructura republicana en la cual cada rector debe ser nombrado por los mejores estudiantes, a quienes denominó "Colegiales de Número", todo lo cual pensó con 156 años de anterioridad al 20 de julio de 1810. De ahí que Monseñor Carrasquilla, al exaltar la memoria de Fray Cristóbal de Torres, haya dicho que él fue "el creador de nuestra cultura intelectual, el maestro de todos nuestros maestros, el hombre que en las Constituciones del Rosario realizó el ideal de una república cristiana, con régimen electivo, con distinción sabia de poderes, con amplia libertad para lo bueno, con responsabilidades efectivas, con la santa igualdad que no consiste en abatir a los grandes para ponerlos al nivel de los ruines, sino en elevar a los pequeños hasta la excelcitud de los mayores".

De acuerdo con los deseos del fundador, en el Rosario la enseñanza de la religión y de la moral se ha hecho siempre conjuntamente con el estudio de las ciencias, las letras y la filosofía, en tal forma que todo ello se presenta al alumno como una sola unidad indestructible. Ese sistema pedagógico se ha mantenido sin modificación desde José Miguel Masústegui, su primer rector, catedrático de matemáticas y ciencias naturales, hasta Rafael María Carrasquilla y José Vicente Castro Silva, rectores durante los últimos ochenta años, excelsos maestros de la filosofía y del buen decir, príncipes de la Iglesia y gloria de Colombia. Antonio Rocha, ilustre jurista y letrado, quien recientemente fue elegido rector con motivo de la muerte de Monseñor Castro Silva, continuará la gloriosa tradición de sus antecesores.

En dicho ambiente José Celestino Mutis organizó la Expedición Botánica y dictó por muchos años sus lecciones de matemáticas, física y biología, con la colaboración de Eloy Valenzuela y Fernando Vergara, sus primeros discípulos. Allí estudiaron próceres de la independencia nacional como Francisco José de Caldas y Camilo Torres, Domingo Caicedo y Atanasio Girardot, Rodríguez Torices y Antonio Ricaurte, Cabal y D'Elhuyart, José de Acevedo y Gómez y Joaquín Camacho Lago, Antonio Baraya y Joaquín Caicedo y Cuero, quienes debieron dejar las aulas centenarias en las cuales habían aprendido a gobernarse a sí mismos, con el fin de iniciar la defensa de la Patria oprimida y ofrendar sus vidas por la libertad.

Han alternado también en los claustros del Rosario, hombres de ciencia como Liborio Zerda, Ezequiel Uricoechea, Manuel Uribe Angel y Antonio María Barriga y Villalba, con eminentes jerarcas religiosos como Fernando Caicedo y Flórez, primer arzobispo de la época republicana, Monseñor Carlos Cortés Lee y el Cardenal Crisanto Luque Peña. Y se han confundido en unas mismas aulas, primero como estudiantes y después como expositores en diversos períodos de la vida rosarista, políticos, jurisperitos y dirigentes de la talla de José Fernández Madrid, Jorge Tadeo Lozano, Hermógenes Maza, José María del Castillo y Rada, Miguel Antonio Caro, Nicolás Esguerra, Miguel Abadía Méndez, Carlos Martínez Silva, Nicasio Anzola, Esteban Jaramillo, Julián Restrepo Hernández, José Antonio Montalvo, Eleuterio Serna, Alberto Lleras Camargo, Eduardo Santos, Darío Echandía, Antonio Rocha, Carlos Lozano y Lozano, Alfonso López Michelsen y Alberto Zuleta Angel, con poetas, escritores, filólogos, humanistas e historiadores como Pedro Fermín de Vargas, Rafael Pombo, José María Cordovez Moure, Santiago Pérez Triana, Salvador Camacho Roldán, César Conto, José María Vergara y Vergara, Roberto Cortázar, Nicolás Bayona Posada, José Manuel Marroquín, Antonio Gómez Restrepo, Julio César García, Mario Carvajal, Luis María Mora, Juan Lozano y Lozano, Guillermo Hernández de Alba, José María Restrepo Millán, Andrés Holguín, Guillermo Manrique Terán y Rafael Azula Barrera.

VIII. - Hacia un nuevo humanismo

Con su saber comprensivo, que es la síntesis de su tradición, el Colegio del Rosario ha mantenido siempre abiertas sus puertas a expositores y estudiantes de las más diversas tendencias ideológicas, sin pedirles nada distinto del amor a Colombia y del más profundo respeto por la libertad y dignidad de la persona humana, principios en cuya preservación funda el máximo decoro de su luminosa trayectoria. Por eso ha logrado ser semillero de varones auténticos, de héroes y de sabios, de artistas y maestros, de escritores y dirigentes, de políticos que piensan en función del bienestar nacional, de jurisperitos que actúan en busca de la equidad y de científicos que con su clara concepción humanística pueden dirigir sus esfuerzos e investigaciones en beneficio del hombre, considerado en su egregia plenitud espiritual y física.

Y en qué consiste ese humanismo cristiano que en el Colegio del Rosario hizo posible la perfecta armonía entre la religión y la ciencia? Dije antes que el saber comprensivo es la síntesis de su tradición educativa, y por tal concepto entiendo la actitud de quien es capaz de orientar humanamente sus esfuerzos hacia la búsqueda de un relativo grado de felicidad durante la vida, tendencia y anhelo fundamental de cada hombre. Varios siglos de reflexión filosófica y moral en torno al descubrimiento de los medios para satisfacer tan legítima ambición del ser humano, condujeron a concluir que ese propósito es factible cuando se adopta un sistema de vida en el cual se combinen y cumplan mutuamente las exigencias de la inteligencia, de la conciencia y del gusto, teniendo en cuenta, según anota con hermosa precisión Gerald G. Walsh en su obra "Humanismo Medioeval", "que la inteligencia busca la feli-

cidad por la verdad y la libertad; la conciencia, la felicidad por lo que es recto, justo, bueno; el gusto, la felicidad por lo que es bello”.

El maravilloso aporte del cristianismo a esta concepción de la vida, consistió en proponer la práctica de la moral de Jesucristo y el amor a Dios y al prójimo como vínculos insustituíbles, para lograr la adecuada reconciliación y equilibrio de los medios tendientes a procurar la felicidad humana. “Si las cosas que vemos o las ideas que pensamos son verdaderas, buenas o bellas, anota también Walsh en su citada obra, resulta obvio que el Creador de esas cosas debe ser más digno de inquirir y de amar que las cosas que El creó. De aquí que el humanismo cristiano persiga la felicidad, no solamente ordenando los sentidos hacia el alma, sino también ordenando el alma hacia la gloria de Dios”.

Creo haber demostrado que entre la religión y la ciencia existen más puntos de contacto que de divergencia, y que si se logra armonizar la función sublime de la una con la fecunda actividad de la otra, el mundo será cada día mejor. El lazo para realizar esa unión, tal como se logró en el Colegio del Rosario, debe ser la práctica de un sincero humanismo cristiano por parte de científicos y de religiosos.

Teilhard de Chardin, en “El Fenómeno Humano”, una de sus últimas obras, se hace eco de este clamor del mundo moderno cuando dice:

“Religión y ciencia; las dos caras o fases conjugadas de un mismo acto completo de conocimiento; el único que puede abrazar, para contemplarlos, medirlos y acabarlos, el pasado y el futuro de la evolución. En el esfuerzo mutuo de estas dos potencias, todavía antagonistas, en la conjugación de la razón y de la mística, el espíritu humano, por la misma naturaleza de su desarrollo, se encuentra destinado a hallar el más remoto extremo de su penetración con el máximo de su esfuerzo vital”.

Además, los descubrimientos arqueológicos realizados entre 1850 y la época actual, que confirman la exactitud de los hechos que relata la Biblia, así como las investigaciones de filólogos e historiadores para demostrar inequívocamente la autenticidad de los Evangelios, han contribuido también a hacer desaparecer los prejuicios de algunos científicos y a eliminar barreras artificiales entre la ciencia y la religión. A los primeros se refieren autores como Albright en su obra “La Arqueología y la Religión de Israel”, Pfeiffer en “Introducción al Antiguo Testamento”, Shaeffer en su tratado sobre “Los textos cuneiformes de Ugarit”, Yigal Yadin en “Los Rollos del Mar Muerto” y Werner Keller en “La Biblia tenía razón”. Sobre la autenticidad de los Evangelios existe una completa documentación en las biografías de Jesucristo escritas por Giuseppe Ricciotti y Daniel Ropps.

Warner Keller, al comentar los resultados de las investigaciones arqueológicas, expresa los siguientes conceptos:

“Está muy generalizada la idea de que la Biblia es exclusivamente Historia Sagrada, una base de la fe para los cristianos de todo el mundo. Pero al propio tiempo es también un libro de hechos que tuvieron auténtica realidad. En Palestina se sacan a la luz del día sitios y ciudades frecuentemente mencionados en la Biblia. Aparecen y es-

tán situados tal y donde la Biblia dice. En las antiquísimas inscripciones y edificaciones excavadas, los exploradores encuentran cada vez más personajes del Antiguo y Nuevo Testamento. Los bajorrelieves de aquella época revelan las imágenes de pueblos que sólo conocíamos por los nombres. Sus rasgos fisonómicos, su indumentaria, sus armas, toman ahora cuerpo para la posteridad”.

Lo anterior confirma, como lo anota Teilhard de Chardin, que la religión y la ciencia son las dos caras o fases conjugadas de un mismo acto completo del conocimiento, único mediante el cual es posible abarcar el pasado y el futuro del hombre. Por eso el nuevo humanismo cristiano proclama el necesario concurso de una y otra, pues si ambas están destinadas al beneficio del hombre, parece evidente que al armonizarlas y coordinarlas se avanzará más decisivamente en la búsqueda de un relativo grado de felicidad humana, una de cuyas bases esenciales es la paz. A esa paz, tanto individual como social, haré alusión en seguida.

IX. - Paz individual

La paz individual es la consecuencia de la armonía que cada persona logre realizar entre su formación religiosa y su actividad exterior, entre su conciencia y su conducta. Cuando no existe esa concordancia, cuando falta ese indispensable equilibrio, se pierde la seguridad en sí mismo y la vida no parece tener una auténtica significación. Quien actúa en contra de sus sentimientos y de sus convicciones, advertirá siempre, más pronto de lo que espera, los terribles destrozos que en esta forma se causa a su ser íntimo, algunos de ellos desgraciadamente irreparables.

La educación, la instrucción y la cultura deben orientarse, en último término, con el concurso de la religión, a procurar a cada ser humano los medios para obtener esa necesaria paz del alma sin la cual no es concebible una vida plena, ni una posibilidad de auténtico mejoramiento individual. La preparación intelectual por sí sola, cuando está ausente una adecuada formación religiosa, no es suficiente para lograr tan alta finalidad. A su vez, con ser tan importante la formación religiosa, en medio de la complejidad del mundo actual, dominado por toda clase de problemas sociales, económicos y de tremendas dificultades para encontrar empleos que procuren la decorosa subsistencia de cada persona, no parece razonable sostener que la religión por sí misma, con absoluta prescindencia de la cultura y de la preparación intelectual para desempeñar algún oficio, pueda ser fuente de tranquilidad individual. La religión y la cultura se complementan también en este campo para formar una unidad indisoluble y fecunda.

Algunas veces, por fortuna cada vez menos, se oye la afirmación en el sentido de que una sólida preparación cultural, una vida dedicada a labores intelectuales, puede predisponer al agnosticismo religioso, al alejamiento de Dios. Nada más carente de fundamento lógico, ni nada tan contrario a los múltiples ejemplos que nos ofrece la historia para demostrar que es precisamente la ignorancia la causa de ese alejamiento. Porque el hombre que ha tenido la oportunidad de adquirir una instrucción intelectual que le permita apreciar de cerca todas las

maravillas de la creación, tiene necesariamente que estar menos predisuelto que otros para desconocer que existe un principio superior que hizo surgir la vida y que la rige con un poder sobrenatural. "Brazos eternos nos sostienen", se lee en el Deuteronomio, mas para llegar a esa honda convicción que nos conmueve por su belleza y su prístina claridad, se requiere el cultivo de la inteligencia.

"Vivir en paz con todos los hombres", "no resistir al mal con la violencia", "no ser enemigo de nadie", "amar a Dios y al prójimo como a sí mismo", son acertadas normas de conducta que dan sentido a la vida y enseñan al hombre cómo debe vivir. Jesucristo las expuso de manera magistral en el "Sermón de la Montaña", y desde entonces han constituido la base de una moral cuya bondad intrínseca es universalmente aceptada. Pero no obstante la sencillez y simplicidad de esas normas, para lograr su cabal cumplimiento se requiere una adecuada educación.

La falta de formación educativa es la razón que puede servir para comprender por qué algunas personas, a pesar de ser descendientes del mismo núcleo racial de quienes se dedican al ejercicio de las profesiones y en general de quienes han podido tener acceso a las escuelas, colegios y universidades, sacrifican con frecuencia la vida de sus semejantes por asuntos baladíes y están siempre predisueltos a resistir al mal con la violencia. Y si ello no es así, cómo explicar también el motivo por el cual los miembros de clases económicamente altas y aun de cierta preeminencia social, pero ignorantes y ajenos a la cultura, viven encerrados en el más sórdido egoísmo, actúan en forma contraria a los principios religiosos que dicen profesar y carecen del más elemental sentido de consideración humana y solidaridad social?

Opino, pues, que sin educación no es posible aspirar a la comprensión y práctica sincera de los principios religiosos, lo cual no significa que desconozca la existencia de espíritus bondadosos aunque incultos y la de mentes perversas en personas que han tenido algún cultivo intelectual. Esos casos no desvirtúan la anterior conclusión.

La paz individual supone también la obtención de un razonable nivel de bienestar económico que sea suficiente para asegurar una subsistencia decorosa, así como la observancia de las normas de moral social y de ética personal sin las cuales una sociedad no puede preservar el orden. Los conceptos de bien común, de solidaridad humana, de respeto a la ley, de dignidad y libertad, por ejemplo, deben ser practicados por quienes deseen gozar de una auténtica paz individual. Pero para alcanzar todo ello es indispensable la educación, única capaz de aumentar la posibilidad de ingresos en forma honesta y de moderar los impulsos puramente irracionales con el fin de encauzarlos hacia el cumplimiento de actividades útiles para la comunidad.

De todas maneras, la indiferencia por la religión y por las normas eternas de la moral, contribuye a acentuarse con la falta de educación, y ello trae consigo la destrucción de la paz individual. Un pueblo sin religión o en el cual ésta sea simplemente el pretexto para asistir un rato cada semana a la misa dominical, es una nación en bancarrota. Por eso expresaba Miguel de Unamuno que "pueblo irreligioso,

es decir, pueblo en que los problemas religiosos no interesen a casi nadie —sea cual fuere la solución que se les dé— es pueblo de embusteros y exhibicionistas, donde lo que importa no es ser sino parecer ser”.

X. - Paz social

Una sociedad en que la mayoría de sus miembros goce de paz individual puede fácilmente alcanzar la paz social. La primera es base esencial de la segunda, aunque no la única. Se requiere, además, como fundamento imprescindible para asegurar la paz social, la existencia de una organización democrática que defienda y practique la libertad, la justicia y una equitativa distribución de bienes y servicios.

Cuando no se ha logrado obtener para los miembros de una comunidad el nivel educativo que les permita disfrutar el don de la paz interior, resulta casi imposible la realización de la paz social. De este principio tan simple suelen olvidarse con frecuencia nuestros estadistas, políticos y dirigentes, obnubilados por el afán de mostrar rápidamente obras materiales, aunque se carezca aun del ámbito espiritual mínimo para aprovechar esas obras en un real mejoramiento de la vida colectiva. Esta desviación de criterio, esta falta de un sentido de prioridad en cuanto a los problemas que deben ser resueltos en primer término, es la causa de un inútil despilfarro de recursos y energías, con las naturales consecuencias de descontento social.

Las dictaduras de izquierda y de derecha, los regímenes fuertes que preconizan la denominada “educación dura”, al estilo de la que predominó en la Alemania de Hitler y de la que subsiste en la Rusia Soviética, han fracasado en sus planes tendientes a la búsqueda de una sociedad mejor porque olvidaron que la paz social tiene que fundarse, ante todo, en la paz interior. En otras palabras, si no existe una actitud espiritual definida de cada individuo respecto al ambiente externo que lo rodea, todo aquello que se haga para mejorar ese ambiente sin enaltecer en primer lugar a la persona humana, queda en el vacío y sólo podrá ser aprovechado en beneficio personal de la minoría que detenta el poder en cada momento.

El afán de actuar simplemente para no estar inactivos, de hacer cosas sin meditación previa y sin finalidad cierta, parece ser uno de los imperativos de la época actual. De este modo la acción, inclusive la dirigida hacia el progreso material y social, que en sí misma no es más que un medio para alcanzar un propósito previamente contemplado y analizado, se ha convertido equivocadamente en un fin. El progreso tecnológico de los últimos años y la falta de una justa correspondencia en el avance de la educación colectiva, han contribuido, sin duda alguna, a esta monstruosa deformación de la verdadera dinámica social que debe perseguir cada pueblo consciente de su destino. La nueva concepción humanística a que me refiero en este ensayo, al buscar la armonía entre la religión y la ciencia, pretende reaccionar contra este estado de cosas y proponer fórmulas para superarlo.

Una de las funciones primordiales que debe cumplir la Universidad colombiana es la búsqueda de los medios específicos, adecuados

a nuestra idiosincrasia, que tiendan a la obtención de la paz social. Para ello se requiere que toda la estructura universitaria se proyecte cada día más hacia la comunidad, y que su aspiración no se limite, como ha sucedido hasta ahora, a una preparación más o menos sistemática que habilite a los estudiantes para el ejercicio profesional, sino a la formación de hombres pensantes y de verdaderos ciudadanos.

Es posible que por ahora la institución universitaria colombiana no esté en condiciones de realizar cabalmente el doble y necesario propósito de la preparación profesional y de la investigación científica, pero es la única con capacidad actual para fomentar, en un ambiente de serena reflexión y de respetuosa libertad por las ideas y creencias, la elaboración de estudios y la preparación de soluciones que sirvan para un auténtico mejoramiento integral de nuestro pueblo. Desde luego, para alcanzar esta meta, se requiere además que la Universidad busque y obtenga la cooperación entre estudiantes, profesores, profesionales y científicos, y entre éstos y quienes tienen a su cargo la difusión de los principios religiosos y la dirección de la política y de las actividades económicas.